

# Índice de contenido

<a href="#">Portada</a>	
<a href="#">Entradilla</a>	
<a href="#">Créditos</a>	
<a href="#">Cita</a>	
<a href="#">Claudia y Dani</a>	
	<a href="#">1</a>
	<a href="#">2</a>
	<a href="#">3</a>
<a href="#">Laura</a>	
	<a href="#">4</a>
	<a href="#">5</a>
	<a href="#">6</a>
<a href="#">Félix</a>	
	<a href="#">7</a>
	<a href="#">8</a>
	<a href="#">9</a>
<a href="#">Daniel y Paloma</a>	
	<a href="#">10</a>
	<a href="#">11</a>
	<a href="#">12</a>
<a href="#">Verónica y Mario</a>	
	<a href="#">13</a>
	<a href="#">14</a>
	<a href="#">15</a>
<a href="#">Claudia</a>	
	<a href="#">16</a>
	<a href="#">17</a>
	<a href="#">18</a>
<a href="#">Dani</a>	
	<a href="#">19</a>
	<a href="#">20</a>
	<a href="#">21</a>
<a href="#">Félix</a>	
	<a href="#">22</a>
	<a href="#">23</a>
	<a href="#">24</a>
<a href="#">Laura</a>	
	<a href="#">25</a>
	<a href="#">26</a>
	<a href="#">27</a>
	<a href="#">28</a>
	<a href="#">29</a>
	<a href="#">30</a>

[Claudia y Dani](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[Todos](#)

[36](#)

[Agradecimientos](#)

[Más nou editorial](#)



# Te parecerá raro

ROSA SANMARTÍN

EDITORIAL  
**nou**



# Te parecerá raro

ROSA SANMARTÍN

e nou  
EDITORIAL





Te  
parecerá  
raro

ROSA SANMARTÍN



**.nou.**  
EDITORIAL

Título: **Te parecerá raro.**

© 2020 **Rosa Sanmartín Pérez.**

© **Imagen de portada: Eak.Temwanich - Shutterstock.**

© **Diseño y maquetación: nouTy.**

Colección: **IRIS.**

Director de colección: **JJ. Weber.**

Edición digital julio 2021.

Derechos exclusivos de la edición.

© nou EDITORIAL 2021.

**ISBN: 978-84-17268-39-8**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

conlicencia.com - 91 702 19 70 / 93 272 04 45.

**Más información:**

noueditorial.com / **Web**

info@noueditorial.com / **Correo**

@noueditorial / **Twitter**

noueditorial / **Instagram**

noueditorial / **Facebook**

nowestore.com / **Tienda online**



Y cuando vi su sonrisa, lo supe.  
Esa era la sonrisa que quería  
ver siempre al despertar  
durante el resto de mi vida.

***Mario Benedetti***

**Claudia y Dani**



# 1

Siete de la mañana. Un ligero desayuno, zumo de tomate y un par de galletas. Mientras Claudia las engulle, repasa mentalmente todo lo que debería llevarse a la playa. Por fin, después de un mes sin salir, sin tomar el sol, podrá tocar el agua con los pies. Crema; dos toallas, una para tirar en la arena, la otra para secarse tras el baño; chanclas, un bocado; un par de melocotones para matar el hambre. Rebusca la cartera en el bolso; hay suficiente dinero para una posible emergencia. También la tarjeta de crédito.

Claudia quiere ir a esa playa a recordar su infancia, las noches con los amigos del verano, los besos agazapados detrás de las rocas. Todo va a ser diferente hoy: contemplar el mar, el sol, la arena.

Cierra la puerta de casa con un vestido azul que deja ver la blancura de su cuerpo. Oliendo ya a salitre. Con arena en las zapatillas. Baja corriendo por las escaleras y sale a la calle en dirección a la estación. Saca el billete de tren y espera a que se haga la hora tomando un café en el restaurante cercano a la entrada.

Las nueve y treinta y siete. Un fuerte pitido. Las puertas se cierran. Casi una hora de trayecto hasta su destino. Claudia coge un libro. Se entretiene durante el camino con esa historia de amor que cuenta y que no es la suya; la suya es otra. Se la dibuja en su cabeza.

Baja del tren. Camina en el mismo sentido que el resto de pasajeros. En la entrada, un autobús la espera. Se sienta al

lado de una señora de unos ochenta años. Pelo corto canoso, sonrisa, color dorado en la piel. Hablan de los apartamentos, de los turistas que pronto acogerá la playa, ahora desértica, del gentío. De los gritos de los niños, las carreras por el jardín, las bicicletas en las escaleras del apartamento, las brechas en la cabeza por algún despiste, los días en la playa, las noches en el cine. Los helados de madrugada.

Se despiden al bajar del autobús. Claudia sonrío y sigue su camino, con su bolso al brazo, el vestido azul, las sandalias y un futuro incierto. Enfila la calle de tierra que la lleva hasta la playa. Sube la cuesta de arena. Y entonces, el mar que la vio crecer. Gira la vista a la derecha y se llena de nostalgia al ver la casa con las persianas bajadas. La escalera, sin juguetes, el balcón vacío. Ni la mesa ni las sillas de hierro forjado, ni las toallas extendidas, ni las ventanas abiertas para saborear la playa. No hay nada de eso en aquella casa roja que hubo un tiempo que fue suya.

Hoy no es un día para llorar, Claudia, no es día para los recuerdos ni el llanto. Es un día para reír. Se quita las sandalias y siente la arena caliente entre sus dedos. Descalza, se adentra en la playa. Deja su bolso, se quita el vestido, y con un bikini rojo y blanco se va hacia la orilla. La espuma de las olas acaricia sus dedos. Después, despacio, entra en el agua. Demasiado fría para ella. Si fuera otra playa, no entraría. Pero en esta sí, *en esta tengo que bañarme*. Lo hace. Hasta el pelo que había lavado el día anterior se sumerge bajo el agua.

Así está durante un tiempo, quizá quince minutos, aunque a Claudia le parecen dos horas. Le pica la sal, o el sol. Puede recordar dónde nadó por primera vez, dónde escondió los manguitos cuando sus padres se distraían y ella se lanzaba al agua, sola. Mirad, ya sé nadar. Y se hundía. Pero no le importaba a esa Claudia de cuatro años, que creía que el mundo era solo de ella, y que podía vencer hasta al más revuelto de los mares. No entres sola, ¿cuántas veces te lo

tengo que decir? Dile algo, Mario. A mí nunca me hace caso. Ella, entonces, salía del agua, cogía los manguitos, se los ofrecía a su madre y estiraba los brazos para que se los pusiera. No te enfades hoy. Mira, puedo ir a nadar con ellos y no pasa nada, ¿vale?

En aquellos años siempre llevaba el pelo recogido en una coleta. Ahora no, ahora siempre suelto. Largo, casi hasta la cintura. Liso. ¿A quién ha salido esta niña con el pelo tan tieso? Tú sabrás, sonreía su padre, la niña es tuya. Después, los tres se iban andando hasta las rocas. Una hora de camino. Una y media si Claudia no consentía que su padre la cogiera a hombros. Cuarenta y cinco minutos, cuando cumplió los catorce y se levantaba por la mañana, temprano, quedaba con aquel chico alemán al que no entendía, y los dos se iban, sin decir palabra, pero cogidos de la mano, hasta las rocas. Se sentaban en un recoveco, y allí, se besaban. No necesitaban palabras para el amor. Bastaban las manos y una mirada. Un brazo que cogía por la cintura, o un roce del cabello. Él, metro noventa y cinco; ella, metro setenta. Aun así, sus bocas lograban encontrarse. Después, sin más lenguaje que el de sus manos, desandaban el camino. Cuando descubrían los apartamentos al fondo, los dedos se despegaban y volvían a andar, en silencio, sin miradas, sin roce. Adiós. Cada uno a su casa, aunque miraban el reloj y sabían que en menos de dos horas volverían a encontrarse en la misma playa. Rodeados de amigos. Entonces sí podían hablar. Alguien traducía aquello que conversaban.

Sale del agua. Se tumba en la toalla, sonriendo. A pocos metros, un joven, moreno. Está tomando el sol; él sí que va a la playa. Claudia coge el móvil, veintisiete mensajes del grupo de WhatsApp que tiene con Adela y Silvia. Se recoge el pelo con una pinza mientras lee la conversación. Ríe. Todo perfecto. Solo estoy yo. Bueno, y un chico. Solo veo que está moreno. Que no, que no me enamoro hoy. Tranquila, Silvia, esta noche estoy de vuelta. Dónde voy a estar mejor

que con vosotras. Sí, podéis venir a casa y os cuento qué tal el día. No, no traigáis alcohol.

Claudia no compartía piso con otros compañeros de universidad como la mayoría de los jóvenes de su edad. Sus padres, que vivían a sesenta kilómetros de la ciudad, decidieron, años atrás, comprar un piso para invertir; y así, cuando la niña se haga mayor, ya tiene un sitio adonde ir. Un estudio de cincuenta metros, para que no se nos metan los estudiantes y nos lo destrocen: una habitación grande, un cuarto de baño y una cocina comedor. Algunas veces, mientras Claudia cocinaba, recordaba los años en que cuatro manos preparaban los postres del fin de semana, los pasteles de los aniversarios, el pan de cada día.

Aprendió a cocinar cuando era pequeña. Se sentaba en un taburete alto para llegar a la encimera y allí iba haciendo lo que Verónica le mandaba. Dale vueltas al chocolate. Chafa el plátano. Remueve la harina. Que me ensucio, mamá, eso sí que no lo hago. Tienes que tocar la comida, Claudia, si no, no sabe igual. Que no quiero tocar esa pasta de pan que se pega en las manos; eso lo haces tú. Verónica cogía la masa y movía, removía, tiraba al aire. Como se caiga al suelo, hoy no como pan. Le das un beso, hija, y ya está. ¿Cómo le voy a dar un beso al pan, mamá? Eso es de antiguos. De antiguos, no; de gente que respetamos la comida, porque es un regalo. Pero si puedes comprarla en el supermercado, toda la que quieras, nunca se acaba. Claudia tenía siete años cuando pronunciaba esas palabras.

Verónica la miraba. Qué bonita la inocencia de los niños. No, pequeña, la comida sí se acaba; y el dinero con el que la compramos también. Pero a nosotros, no; tú vas al banco y siempre hay. ¿Y si un día no hubiera? Claudia, piensa qué pasaría si un día ya no hubiera dinero. ¿Pero en el mundo o solo en casa? No pensemos en eso, pequeña. Vamos a por el molde para las magdalenas.

Claudia abre el bolso y el olor del bocadillo que se ha preparado por la mañana entra en su cuerpo. Huele a

verano. A días en la playa cuando ya no había apartamento, pero seguía habiendo una arena en la que tumbarse. Huele a horas en un atasco solo porque es domingo. Las piernas de Verónica debajo de la sombrilla mientras duerme porque le han salido varices. Pocas, pero hay que cuidarse. Arrugas, no; todavía no tiene ni una en la cara. Los ojos grises, o verdes, según la luz.

Después, cuando muerda el bocadillo, Claudia sentirá la arena en su boca. Crujirá entre sus dientes; no el pan, que se ha reblandecido por el tomate. Cruje la arena. Qué bien sabe la arena. Un melocotón, ahora me tomo un melocotón que el día será largo. Después, un paseo hasta las rocas. Voy a ver en cuánto tiempo lo hago. Voy a ver cuánto he crecido. Un mordisco y el zumo resbala por la comisura de los labios. Se limpia con el brazo. Servilletas no ha cogido. Ni pañuelos de papel. Al agua. Después me lavo las manos en el agua. Y me voy a las rocas. Está caliente el melocotón, pero al menos ya no tiene sed.

Claudia se levanta de la toalla, busca con la mirada una papelera donde tirar el hueso. Va a la orilla a limpiarse.

—Perdona. —Claudia da un respingo—. Te parecerá raro, ¿pero puedes ponerme crema por la espalda?

No responde. Tampoco coge el bote que él le ofrece.

—He venido a pasar el día solo. Me apetecía estar un rato en la playa, pero hace mucho sol.

—Ya estás moreno.

—Este sol quema mucho.

—Ponte la camiseta.

—No quería molestarte, perdona.

Dani se va. También se va a quemar.

—Dame. Trae, te pongo en la espalda.

Claudia se coloca un poco de crema en las manos, se la restriega, y después la extiende por la espalda de ese joven que estaba tumbado a unos metros de ella. Tiene una espalda fuerte, los hombros marcados. Va al gimnasio, seguro.



—Ya está. Hoy no te quemas gracias a mí. —Sonríe.

—Gracias. —Él también sonríe.

Dani se aleja. Ella lo mira. Las piernas también son fuertes. Claudia vuelve a la toalla, se sienta. Se ha olvidado del paseo. Del bolso saca la crema. Se extiende por las piernas, por los brazos, por la cara, por el pecho. La espalda. El chico que está tumbado a unos metros de ella se ríe. También se levanta. Y se acerca. Claudia se ríe de una forma que ya había olvidado, mientras le ofrece la crema en spray que compró ayer en la farmacia.

De pronto siente en su espalda unas manos fuertes que aprietan, que masajean despacio. Esto no lo he sentido antes. Sí, muy atrás, recuérdalo Claudia, cuando tenías catorce, te levantabas por la mañana y te ibas a las rocas. No hablabais el mismo idioma, pero sí sentías. Quizá algo parecido a esto. El bote de crema aparece por encima de su hombro.

—Toma, ya está. Hoy no te quemas gracias a mí. —Ríe.

Él está frente a Claudia. Tiene los ojos azules. Ella se apoya sobre la arena y se pone en pie. Casi puede sentir su olor.

—¿No irás a meterte en el agua ahora que te he puesto crema, verdad?

—Iba a dar un paseo hasta las rocas.

Se miran. Claudia sonríe. No dicen nada.

—Ya si te digo que te acompaño... sí que va a sonar raro, ¿verdad?

Claudia rompe a reír.

—Esto es surrealista.

—Bueno, no exactamente. Esto es una playa, eso es lo que es.

—Puedes venir, sí, aunque suene raro.

—Pero no suena raro, suena bonito.

Claudia no sabe qué hace riendo con un joven al que no conoce y que juega con las palabras de una forma extraña. Él recoge sus cosas y las coloca al lado de las de ella. A

unos centímetros. Le enseña la cartera y el móvil. Claudia hace un gesto afirmativo. Sí, también puedes poner tus cosas dentro de mi bolso. Invadirme.

Comienzan a pasear. Los pies de él por dentro del agua, los suyos rozando la arena. Me llamo Dani. Claudia. Por mi abuela, que también se llamaba Claudia. Yo no sé por quién me llamo Dani. ¿Siempre haces eso? ¿Andar por la playa con una chica? No, esto; ella ríe más.

—Ya no hago más el tonto, te lo prometo. Es que estoy un poco nervioso.

Claudia se sonroja y guarda silencio mientras escucha el sonido de las olas golpeando contra las piernas de él.

—No te había visto nunca por aquí.

—Hace mucho que no vengo. Años.

—¿Y eso?

—Antes tenía un apartamento aquí; bueno, una casa. La roja.

—¿La roja de la escalera de piedra?

—Sí, esa.

—Todo el mundo quería vivir ahí.

—Mis padres la vendieron. Esto está muy lejos y acabamos alquilándola casi todo el año. Solo veníamos quince días en agosto, que es lo peor, cuando más gente hay. Veraneaba aquí, desde los cuatro años. Me dio mucha pena cuando la vendieron. Había cumplido los dieciséis. Era como si, no sé, como si de pronto me hiciera mayor. ¿Me entiendes?

—Claro que te entiendo. Mis padres vendieron la casa en la que siempre vivimos cuando cumplí los trece. Creo que estuve llorando una semana.

—¡Venga!

—Te lo prometo. La casa a la que nos mudamos era nueva, con balcón, un comedor gigante, pero yo echaba de menos la de cincuenta y cinco metros en la que vivíamos los seis.

—¿Cómo ibais a vivir seis en una casa de cincuenta y cinco metros? Me tomas el pelo.

—Mi abuela vivía con nosotros, mis padres, mis dos hermanos y yo.

—Que no caben seis personas en una casa de esos metros. Que yo vivo en una así y sé lo que me digo. Venga, basta de bromas.

—Mis padres en una habitación. Mis hermanos y yo en una litera de tres encajonados en una habitación minúscula y mi abuela en el sofá cama del comedor.

—Sí, claro. Lo que tú digas.

—¿Crees que te miento?

—No es que lo crea, es que estoy segura.

—Te apuesto lo que quieras a que te estoy diciendo la verdad.

—No voy a hacer una apuesta contigo. Te creo, vale. Ya está. En cincuenta y cinco metros, seis personas, y cuando la vendieron tus padres y te fuiste a una grande con balcón, lloraste durante una semana.

—¿Cómo es la casa roja por dentro?

—Tenía cuatro habitaciones, una dentro del comedor; nunca entendí eso muy bien, pero creo que entonces se llevaban así. Tres fuera, en el pasillo. Bastante grandes, la verdad; al menos me lo parecían cuando era pequeña. Después me acostumbré. Pero lo que más me gustaba era la cocina, gigante. Me sentaba con mi madre a preparar la comida o a comerme un helado.

—De la única heladería que había.

—Pero tú no veraneabas aquí, ¿verdad? No te he visto nunca.

—Bueno, porque no te fijarías en mí, pero pasaba los meses de verano con mis abuelos en los apartamentos del jardín. Llevo viniendo a este sitio desde que tenía seis años.

—Ni de coña. Te hubiera visto en la playa. Pero si éramos cuatro gatos hasta que empezaron a construir... Te conocería seguro. Que tú no eres de aquí.

—Creo que hasta te he visto alguna vez asomada a la barandilla de piedra de tu casa. Todos mis amigos te

llamaban la pija.

—¿Qué dices?

—A ver, una tía que vive en una casa como esa, es una tía con pasta. Una pija.

—Una persona que tiene dinero no tiene por qué ser una pija.

—Entonces decíamos eso, no digo que lo seas.

—¿En serio veraneabas aquí?

Claudia se ha puesto delante, cortándole el paso. Le mira a los ojos, azules. Él se ríe.

—Te lo prometo. Aunque ahora, como no puedo venir en verano, siempre que puedo, me escapo. Cojo el tren y vengo a pasar el día.

Le da la mano a Dani. Le mira a los ojos otra vez. No puede ser verdad. No puede ser verdad que tú y yo veraneáramos aquí y nunca nos hayamos visto. Es imposible.

—Solo había tres bloques de apartamentos en la zona, los del jardín, la finca amarilla y la roja, que tenía debajo la heladería. Podías entrar por la puerta que daba a la calle, que tenía una barandilla de piedra blanca donde todos nos apoyábamos; la misma que, cuando acababa el verano, estaba negra. También podías entrar por la parte de atrás que daba a los apartamentos. Enfrente de la heladería, por el sendero que estaba repleto de cañas, llegabas a una explanada de piedras. Allí estaba el cine. Al fondo, antes de llegar a las rocas, había dos bloques de apartamentos más. Eso era todo. Bueno, y tu casa roja, la blanca, más pija todavía, y las otras dos que estaban hacia el otro lado. Unos años más tarde, hicieron el complejo de detrás del jardín. Blanco y con piscina. Esa sí que la llenaban. No como la nuestra que siempre estaba vacía y acabaron por quitarla.

—¡Joder! Que sí eres de aquí. —Claudia le suelta la mano de golpe.

—Te lo he dicho. ¿Vas a creer ahora que he vivido en un piso de cincuenta y cinco metros?

—Lo siento. No sé, es que todo es tan raro. O sea, aquí estábamos cuatro.

—Tú y yo y dos más. —Dani se ríe a carcajadas.

—No se puede hablar en serio contigo, ¿eh?

—Me pongo serio, venga. —Dani ríe más—. No puedo ponerme serio.

—¿Cómo puede ser que no nos conociéramos? Es que esto es...

—El destino.

—¿Qué?

—A ver, escúchame, si tú y yo nunca nos hemos visto antes, pero hemos estado en este sitio juntos; y ahora que ya no estamos aquí, tú y yo estamos juntos, ¿cómo llamas a eso?

—No sé ni lo que acabas de decir.

—El destino; eso se llama el destino.

—Estás fatal, de verdad. Pero muy, muy mal.

—¿No crees en el destino?

—Pues no. Esto ha sido una casualidad. Ha coincidido.

—Casualidad, coincidido, destino; llámalo como quieras. Pero es.

—¿Pero es qué?

—El destino.

—El destino ha querido que tú y yo estuviéramos en este lugar hoy. O sea, lo tenía planificado.

—Sí.

—El destino había decidido que estuviéramos en la misma playa durante no sé, diez años, y hoy nos hayamos conocido.

—Sí.

—Pues vaya mierda de destino, perdona. Perdona también por lo de mierda. No suelo hablar así.

Dani se ríe con Claudia como hacía tiempo que no reía. Dejó de hacerlo cuando el corazón de su hermano Manuel dejó de latir y sus padres perdieron la sonrisa. Él, también. Y

Agustín, su otro hermano. Y la abuela Adoración, que murió un año después porque no aguantaba la pena.

—Te has quedado callado.

—Pensaba.

—¿Qué pensabas?

—Que es el destino. Porque no puede ser que me haga reír así. Que no estuviéramos antes, pero ahora sí. Que estemos los dos, casi llegando a las rocas. ¿Cuántas veces has venido hasta aquí?

—No sé, un montón. ¿Y tú?

—Era la única manera de fumar sin que te pillaran tus padres, o los padres de tus amigos.

—Cierto. Nosotras nos metíamos detrás de las rocas por si les daba por venir también a pasear. Al otro lado nunca pasaban. Así que nos escondíamos ahí.

—Menudo pestazo echaba el canal ese, con las anguilas y los peces. Olía extraño.

—Y cuando se llenaba de algas... Salíamos llenas de *pegajo*. Con el asco que me daban.

—¿Ya no?

—No tanto, la verdad. Ahora soy capaz de meterme en el agua incluso cuando hay. Antes me daban un asco que te morías. Pero a ver quién decía que no te sentabas en la arena a fumar por culpa de las algas.

—Por la noche nosotros veníamos a beber.

Ya han llegado. Claudia y Dani se sientan. Cada uno en una roca diferente. El sol está justo en el centro del cielo. Hasta parece que sonrío cuando ve a los dos jóvenes hablando de los años pasados, de cuando eran niños, de cuando merendaban en la calle, de cuando se enterraban en la arena; de cuando todo pasaba, y nunca pasaba nada.

## 2

Claudia se levanta. Mete los pies en el agua; él columpia los suyos sobre las rocas. La mira. Sonríe. Vamos, ven. Dani no se levanta. Ella entra un poco más; ahora le llega el agua hasta la cintura. Venga, tienes que entrar. Dani no se levanta. Sonríe. La mira. El sol le ha dado en la cara y tiene las mejillas rojas. Le gusta a Dani ese color que ahora tienen. Y no se mueve. Claudia se acerca a él, le pone las manos en las rodillas. ¿De verdad no vas a meterte? ¿Vas a dejar que entre al agua sola? Imagínate que me hundo, que no sé nadar, que pasa algo. Sabes nadar muy bien, te he visto antes. ¿Me mirabas? ¿Qué iba a hacer? A ella le gusta que él la haya mirado. Todavía no sabe por qué, pero hay algo que sí, que le dice que sí. Bien, tú lo has querido. Claudia se aparta de Dani. Él ya sabe lo que va a ocurrir. Claudia coge el mar con sus manos y se lo lanza, a él que no se inmuta, que se ríe a carcajadas, que se deja mojar. Ella sigue. Sigue tanto, que se empapa con el mismo mar en el que quiere hundir a Dani. Y él que no se mueve. Que sigue sentado en la roca, con una pierna balanceando sobre el agua y la otra doblada sobre la roca. Claudia insiste. Más mar, más mar, más mar.

Dani salta al agua, corre tras Claudia, que no quiere que la coja, o sí, porque es lo que está deseando. Ella grita, tú ganas, tú ganas; pero Dani ya la tiene cogida y le pide que aguante la respiración. Claudia no puede porque se ríe.

Aguanta. Se hunde bajo el agua. Abre los ojos y ve sus piernas, su cuerpo, y no quiere salir. Él la saca. Se ríen.

—Una vez, era pequeña, me metí hondo. No sabía nadar, pero flotaba, ¿me entiendes? Había olas de esas altas. Todos mis amigos sabían nadar, menos yo, aunque tampoco les importaba. Entonces no nos importaba nada.

—Ahora todo importa.

—Déjame que te lo cuente.

—Lo siento. —Ella le sonrío.

—No sé qué hacíamos en lo hondo, porque casi nunca llegábamos tan lejos; siempre nos quedábamos cerca de la orilla hablando, o jugando a la pelota, no sé. Bueno, pero ese día nos metimos hasta allí. De pronto empezaron a venir olas altas. Jugábamos a hundirnos. Empezó a haber corriente. Todos salieron hacia fuera. Como yo no sabía, intenté llegar a la orilla flotando, pero la corriente me arrastraba hacia adentro. Pasé mucho miedo. No sé cómo, pero empecé a nadar; supongo que como una rana, o yo qué sé. La cuestión es que conseguí salir.

—Y nunca más volviste a entrar en lo hondo.

—Déjame que te lo cuente.

—Lo siento, otra vez. —Claudia ríe.

—Nadie se dio cuenta de que no podía salir. Al contárselo a mis amigos, se asustaron y se enfadaron porque no les había avisado. ¿Cómo les iba a avisar, si yo lo único que quería era nadar como ellos para no irme a no sé dónde? En fin, que encima estuvieron un rato sin hablarme porque no sabía nadar. Ese año aprendí.

Dani guarda silencio.

—Ya está. Ya se ha acabado.

—Ah, vale, era para no interrumpir.

—¿No sabes cuándo se acaba una historia?

—Siempre sé cuándo se acaba una historia.

—Ahora no lo has sabido.

—Ahora también.

—¿Y por qué te has callado?



—Para mirarte. ¿Hoy podemos ir a lo hondo?

—Puedo ir siempre que quiera.

Claudia comienza a nadar, rápido, quiere echarle una carrera a Dani; pero él no se ha movido porque solo la mira; la mira y sonrío. Hoy está recuperando la memoria. De eso que había olvidado. Porque hacía mucho, tal vez demasiado. Y solo quiere verla reír. A esa Claudia que quizá vio alguna vez en la casa roja; seguramente no era ella, pero qué importa hoy. Porque ahora está ahí, con él, recordándole la sonrisa, la risa, las ganas de vivir. Dani ya no quiere arrastrar más los pies por el asfalto, ya no quiere ir con la mirada en el suelo. Ahora, más que nunca, desea que sus ojos azules la miren a ella. No sabe qué ha pasado, pero ha aparecido. Está ahí. Mañana quizá no. Hoy sí y le ha traído la memoria, y eso se lo va a agradecer siempre; aunque ya no la vuelva a ver, aunque nunca más esté.

—¿Qué haces? ¿No se suponía que íbamos a lo hondo? — Claudia lo mira. Permanece unos segundos callada—. ¿No sabes?

—Sé hacerlo mucho mejor que tú.

Dani comienza a nadar y Claudia se da cuenta de que sí sabe. Demasiado. Por eso la espalda ancha. Él se gira. Te voy a ganar. Ella sonrío porque sabe que es una competición perdida; una batalla perdida; no, ganada. Comienza a nadar. Él la espera. De pie.

—No toco el suelo aquí.

—Yo sí. No te va a pasar nada.

—¿Podemos volver?

—¿Tienes miedo? ¿De mí?

Dani le da la mano por debajo del agua. No va a pasar nada. Ella quiere tocar el suelo, como él. No tiene miedo, aunque no sabe por qué. Porque ahora mismo él podría ser cualquier persona menos Dani, y ella dejar de ser. Quiero ir hacia afuera. Y él la acompaña, nadando, cogidos de la mano. Claudia se deja arrastrar hasta que hace pie. No lo suelta.

—¿Mejor aquí?

Claudia sigue con su mano abrazada a la de Dani.

—Una vez, cuando todavía era marzo, me bañé. El agua estaba helada, pero yo no tenía frío. Ahora no me baño hasta que no llega el mes de julio y hace treinta grados.

—Estamos en mayo.

—Entonces me bañaba siempre. Cuando llegábamos a la casa, daba igual que fuera por la mañana o por la tarde, deshacíamos la maleta y les pedía a mis padres que saliéramos a la playa. Y me bañaba aunque hiciera frío. Después dejé de hacerlo, no sé por qué. Siempre que íbamos a la playa me parecía que el agua estaba fría, que estaba sucia, que olía mal. Ya nunca más me gustó.

—Solo querías venir a esta playa. ¿Por eso has vuelto hoy? Porque esta tampoco es la de cuando nosotros éramos pequeños. En unas semanas empezará a llegar gente y no se parecerá a lo de antes.

—Ya lo sé. Hacía cuatro años que no venía.

—El destino. —Dani sonrío.

—Ni tan siquiera recuerdo en qué momento decidí que iba a venir, o por qué quería venir. Solo sé que llevaba un mes encerrada en casa, estudiando, y que en lo único que pensaba era en esta playa, en los veranos, en las vacaciones. Y ya está. Ayer acabé mi último examen. Hoy estoy aquí.

—¿Qué estudias?

—Relaciones internacionales.

—Eso parece complicado.

—No, qué va. Bueno, no demasiado. Hay que estudiar, pero como en todas las carreras. ¿Tú estudias?

—Trabajo desde hace dos años en una academia. Soy profesor de castellano.

—No es verdad.

—¿Por qué siempre crees que te miento?

—No lo sé. ¿Me mientes?

—No. Desde que acabé Filología doy clases en esa academia y así tengo tiempo para todo lo demás.

—¿Qué es todo lo demás?

—Leer, escribir; leer, escribir...

—¿Escribes?

—A veces. Porque me gusta, no aspiro a más.

—¿Por qué no? Juegas bien con las palabras.

—Eso lo haces tú.

—¿Ves lo que te digo?

—Algún día, si tal vez sí, escribo un libro.

—No te entiendo nada.

—Yo creo que sí.

Claro que se entienden. Ella le ha soltado de la mano. Se toca los hombros. Me quema un poco. ¿Volvemos? Salen del agua y vuelven andando. Ahora ella por dentro y él por fuera. Y siguen hablando. De lo que hace él, de lo que hace ella. De los alumnos y de los profesores; de las asignaturas, de las letras, de los números. También de cómo jugaban cuando niños. Corrían por la arena, descalzos, o jugaban a las raquetas, o al fútbol. A Dani ya no le gusta, porque Manuel iba a entrar en un equipo de primera división cuando eso pasó. Claudia jugaba al escondite, de noche. Se ocultaban en cualquier sitio y después, había veces, se marchaban al cine. Cogíamos el bocadillo y nos íbamos a ver la segunda película. Allí comprábamos pipas. ¿Entonces tú eras la que hacía ruiditos con las cáscaras? Todos comíamos pipas, Dani. Yo no. Mis amigos tampoco. Claudia se ríe porque sabe bien que ahora sí le toma el pelo. Mentirle no, que eso es diferente. Se ríe, con ella.

Después tomaban un helado. O un granizado de limón, que sí sabía a limón y no estaba dulce. Había veces que llegaban a la una de la mañana, pero era verano y todo estaba permitido en aquella playa desértica. No había otra cosa que hacer. Nadar en el agua, jugar en la arena, pasear hasta las rocas, llenarse de arena, de sal, de besos. Llenarse de noches de cine con películas que casi no recuerdan,

porque les gustaban más las risas que los argumentos. A veces, también, aunque eso no se lo dicen, las caricias y los besos en la oscuridad.

Ya están otra vez en las toallas. Ahora uno al lado del otro. Claudia saca su vestido y se lo pone, pero es de tirantes, no le cubre los hombros. Dani coge su ropa. Le quita el vestido y le deja su camiseta blanca. Está igual de preciosa. Te vas a quemar. Y Dani saca la crema, le pone a ella en la cara, mientras la acaricia y después se la ofrece. Ella, despacio, aprovecha para tocarle la espalda, los hombros, los brazos. Esos que ahora desearía que la abrazaran. Y ya está. Le devuelve la crema porque no quiere que eso pase, porque no quiere tener que olvidar, porque está muy lejos de casa, y no sabe si volverá a esa playa. Porque de ese lugar hace mucho tiempo y no está segura de querer volver.

Dani se tumba boca abajo. La mira. Ella sonrío. Se tumba, también boca abajo. Y lo mira. Así, los dos, en silencio. El uno frente al otro. Como soñándose, pero no. Como deseándose. Claudia cierra los ojos mientras escucha el rumor del agua. Las olas golpean sobre la arena.

La una y media. Dani se levanta despacio, para no hacer ruido, para no despertarla mientras duerme, porque le gusta verla con esa sonrisa, con esa calma. Se mete en el agua, casi sin hacer ruido. Claudia ha oído cómo se levantaba, cómo se alejaba, pero no quería abrir los ojos, porque si se despierta y todo se acaba, no se lo perdonará nunca. Se levanta, va hacia la orilla con la camiseta puesta. Él sonrío desde el mar. Quiere ir a por Claudia, pero no sabe si puede. Aunque si no va, no se lo perdonará nunca.

En la orilla le da la mano. Se va a mojar tu camiseta, espera que me la quito. Da igual, si no, te quemarás. Tienes la cara muy roja. Claudia entra en el agua cogida de él. Se deja llevar, arrastrar hasta un sitio en el que todavía puede sentir la arena en sus pies. Dani no dice nada, solo la mira. Le acaricia la cara, después el brazo. La cintura, la espalda, las piernas, la espalda, el cuello. Deja caer la pinza que

recoge el pelo de Claudia. Una larga melena. También la acaricia. Ella se deja. Dani le toca el pelo, casi se lo peina, despacio. Y la mano vuelve a la espalda, a la cintura, hasta los muslos, las caderas, casi el pecho, el cuello y la cara.

Claudia ya no aguanta más. Se acerca. Roza sus labios. Un pequeño roce que sabe a sal. Él vuelve al cuello, a la espalda, al cuello. Besa a Claudia, porque eso es lo que ha estado deseando desde hace mucho. Ella le corresponde. Qué bien el sabor de la sal. Se besan. No dejan de besarse, solo los labios. Sonríen y se vuelven a besar. Ahora se sientan sobre la arena, casi en la orilla. Y se besan, pero ella sobre él. La espalda cubierta por la camiseta, por la melena. Claudia acaricia los brazos de Dani. Sus piernas fuertes. Quisiera acariciarlo todo, entero. No dejar ni un solo rincón de la piel sin descubrir, que todo se guarde en la memoria, que se quede ahí para siempre, para cuando ya no haya Dani, para cuando el tiempo le devuelva la memoria y solo estén, en esa playa, ella y él. Para que siempre sea Dani. Aunque no esté.

Él quiere lo mismo. Acariciarla y no dejar de hacerlo nunca. Pasearse por sus piernas, por su cintura, por sus pechos y hasta por su sexo. Quiere recordarla, aunque nunca más esté. Aunque Claudia solo sea un sueño, pero que sea suyo y para siempre. No dejará que se olvide, no dejará que la olvide. Toca sus pechos mientras ella besa su cuello. Sigue el sabor a sal, pero ahora se mezcla con el olor, ese olor que nunca estuvo, pero que hoy sí. Ese olor de que todo puede ser, de que hay cosas que siempre son. Se besan de nuevo, pero mucho más rápido, mucho más voraz, porque ahora ya se necesitan el uno junto al otro, ya no hay nada que pueda hacerlos olvidar ese momento, que es solo de ellos dos.

Y siguen las caricias y los besos. Cada vez más hondas las caricias. La camiseta fuera del agua, extendida en la arena, esperando. Esperando que ellos dos dejen de besarse, de quererse así, de esa manera, como nunca antes. Los besos, las manos por el pelo, por la espalda, por las cinturas. Las

manos rozando la piel, rozando esos lugares a los que no habían dejado pasar a nadie. Todo huele a sal, a mar, a sol.

Todo huele a mar, a playa, a un tiempo que creyeron que no volvería. Y pronto se escuchan ruidos intensos, los de ellos; se escuchan junto al sonido del agua varando contra la arena. El bañador de él flotando en el mar, y el de ella, sujetado con una mano temblorosa, que se adentra por recovecos que tampoco conocía, mientras los labios siguen besando y siguen sintiendo. La sal y el mar y el sol. Y los dos se miran. Los dos sonrían. La ropa en la arena. Y ellos en el agua, desnudos.

Y no hay más.

Claudia y Dani.

Solo ellos y la mar.